



*Ser o no ser
Ricardo Orihuela Montesinos*

Las razones de la sinrazón: polémica sobre la inteligencia del entendimiento

The reasons of the unreasonableness: controversy over the intelligence of understanding

Javier Nicolás González Camargo*

odhorir@gmail.com

Liliana Beatriz Irizar**

liliana.irizar@usa.edu.co - liliana.irizar@gmail.com

“Diógenes se puso a pisotear la alfombra, diciendo: ‘Pisoteo la vanidad de Platón’. ‘Y yo, replicó Platón, adivino mucho orgullo bajo tus desprecios de la vanidad.’”

RESUMEN

El escepticismo como corriente filosófica ha tenido sus insignes representantes y consecuencias políticas insospechadas. A partir de Sexto Empírico, han trascendido el papel de supuesta anonimidad para adoptar, a su pesar, un papel preponderante en el pensamiento filosófico occidental. Este trabajo, fundamentándose en los argumentos y contraargumentos expresados por escépticos y contradictores, realiza al mismo tiempo una yuxtaposición entre realismo versus escepticismo, entre “verdad” versus error, que conlleva un recorrido y desnudamiento político a la hora de establecer diálogos eficientes para superar conflictos.

ABSTRACT

The skepticism as a philosophical tendency has had its important characters and imaginable political consequences. From Sexto Empírico, has gone beyond the false anonymous character to adopt, an important role in western philosophical thinking. This work, based on arguments expressed by skeptics and opponents, realizes at the same time juxtaposition between realism and skepticism, between “truth” versus error, all that takes a path and political involvement at the time of creating efficient dialogues to solve conflicts.

**Licenciado en Filosofía y Humanidades. Miembro del Grupo Lumen.*

***Docente investigadora de la Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda. Coordinadora del Grupo Lumen.*

Palabras clave:

Escepticismo, argumentos, pirronismo, dogmatismo, verdad, realidad, hermenéutica.

Key words: *Escepticism, arguments, pirronism, dogmatism, true, reality, hermenéutica.*

Recibido:

Noviembre 2008

Aceptado:

Enero 2009

Introducción

Según Antonio Gallego Cao y Teresa Muñoz Diego en su estudio introductorio al libro *Esbozos Pirrónicos* (Empírico, trad. 1993), en el renacimiento tardío hubo una lectura que causó conmoción en Europa. Algunos personajes de la historia de la cultura, tales como Montaigne, cambiaron su forma de ver el mundo por esta lectura. Descartes fue otro de ellos. Las consecuencias de esta lectura permanecen en nuestra cultura por medio del influjo cartesiano. La lectura de Sexto Empírico revitalizó una rebelión que parecía fallecida en Occidente desde que San Agustín escribiera *Contra Académicos*. Desde luego que espíritus escépticos siempre continuaron existiendo, pero se conservaron al margen del debate académico filosófico donde se consideraron vencidos en un grado de convencimiento tal, que difícilmente hubieran vuelto a entrar en la academia. Paradójicamente, desde Descartes, quien pretendiera volver a derrocarlos de manera indefectible, la balanza se ha revertido a favor de los escépticos: ya no sólo se blasonan triunfantes en el debate académico, sino que además han impregnado de su espíritu a la cultura Occidental como nunca antes se había visto.

Puede suponerse que sin el trabajo de Empírico el escepticismo no hubiera renacido como lo hizo. Los desquiciamientos de Pirrón de Elis, narrados con gracia por sus contemporáneos, o los recursos *ad hominem* y la descuidada academia de los

ambiciosos sofistas no hubieran sido tomados en serio por las personas que hacían filosofía, sumergidas en la seriedad de la práctica académica que había alcanzado Occidente. Fue Sexto quien, con la seriedad de sus recursos y la explicación de sus tropos (trad. 1993), sembró la semilla de la duda en la cultura. En honor a su padrinazgo, el presente artículo recurrirá a algunos de sus términos para analizar someramente el fondo conceptual de este debate.

Con este propósito, se ha optado por subclasificar al escepticismo según su grado y según el campo del conocimiento declarado incognoscible por esta corriente. En cada grupo así constituido se ha presentado un análisis de sus principales argumentos, y se han propuesto contra argumentos. Finalmente, de cara al influjo cultural del escepticismo, se ha seguido una línea argumental que busca encontrar su germen y consecuencia en el ámbito político contemporáneo. A lo largo de todo el artículo se contraponen el realismo al escepticismo, de manera que, tras la confrontación, realismo y escepticismo sean matizados en su justa medida, y les sean atribuidas las diferencias y las semejanzas que correspondan.

Pirrónicos

Cuenta Diógenes de Laertes (Laercio, trad. 1947) que a Pirrón de Elis, y otros escépticos que pretendieron imitarle en la radicalidad de su incertidumbre, se les notaron incon-

gruencias en más de una ocasión, como le acusara Enesidemo (Laercio, trad. 1947, p. 334). En la obra de Diógenes Laertes hay al menos cinco anécdotas de inconsecuencias (Laercio, trad. 1947, p. 336). Sabido es, desde aquella época, que la pretensión de inmutabilidad del pirronismo, esto es, del escepticismo más radical, es en verdad imposible de encarnar vitalmente, y que no puede mostrarse más que como una intención utópica. Aristóteles ya les reprochaba a los escépticos el tener que semejar a plantas para llegar a ser congruentes con sus propios postulados (Aristóteles, p.177)

Sin embargo, los defensores del escepticismo devuelven el argumento: ningún filósofo dogmático (por oposición a escéptico) podría tampoco ser plenamente congruente con sus propios postulados. He aquí una igualdad de fuerzas de los recursos *ad hominem*. En palabras escépticas, una verdadera isostenia -igualdad de fuerzas contraargumentales en Sixto- entre escépticos y dogmáticos. Así el recurso *ad hominem* deja de estar a favor de los dogmáticos para ser verdaderamente el mejor de los argumentos de los aporéticos -incrédulos, según Diógenes-, puesto que, según ellos: "a cada argumento se opone un argumento equivalente" (Empírico, trad. 1993, p. 117).

Para reducir a los pirrónicos conviene entonces aplicar la *daemática* -según Sixto, buscar el supuesto más profundo para refutarlo-, en vez de coleccionar argumentos-ejemplo que

ilustren caricaturescamente la imposibilidad de la vida ataráxica -ecuánime y serena- y apónica -ausencia de toda perturbación- plena. En primer lugar, la isostenia de argumentos ad hominem no es tal, pues en verdad son dos argumentos distintos. Contra los dogmáticos se dice que no siempre pueden llevar a la práctica sus esquemas de la realidad, y que, eventualmente, lo hacen de manera imperfecta. Pues bien, este es un recurso ad hominem en tanto que lo que se hace es un ataque singular. La afirmación 'esta persona no puede poner en práctica este esquema en este momento', no tiene carácter probatorio, en tanto que, siendo singular, nada dice de la posibilidad de que un verdadero esquema pudiese ser encarnado por alguien que diese con la verdad y que fuera verdaderamente virtuoso. Lo que hace simplemente es falsear determinado esquema, cuando mucho, falsear todos los esquemas dogmáticos que han existido hasta ahora. Aunque, más que ello, es la simple denuncia de no haber podido dar nunca con nadie que parezca tener una verdadera razón de sus conductas. Como fue el caso de Sócrates, quien era consciente de que su desconocimiento no era regla del conocimiento, sino mera accidentalidad desafortunada. De cualquier manera, el éxito de algunas empresas particulares demuestra suficientemente que sí es posible hacer al menos algo.

Pero en el sentido contrario, se dice del aporético que, en principio, hay una contradicción entre sus postula-

dos y la posibilidad de encarnarlos, de tal magnitud, que ninguna persona en ningún momento podría, simple y llanamente, no hacer nada. Esto es, suspender plenamente el juicio de alcance nouménico sobre la realidad fenoménica, y aun así llevar a cabo decisiones concientes. Esto es probablemente por que la consciencia, antes de cogito, consciencia del yo, es consciencia del mundo "no hay consciencia sin mundo exterior o, por lo menos, sin lo exterior a sí misma" (Inciarte & Llano, 2007, p.189).

El argumento contra los escépticos es verdaderamente un ataque lógico. De lógica pragmática. Explícita es hoy la dimensión pragmática del lenguaje. Todo discurso encarna siempre actos de habla, muchos de ellos verdaderamente performativos. Lo que les sucede a los afásicos -de afasia, sin palabra- es que caen en una contradicción preformativa (Dussel, 1998). Es decir, en una afirmación universal, no particular, que incrimina al pirrónico diciéndole: 'hay al menos una verdad nouménica positiva a la que llegamos por la manifestación fenoménica que experimentamos tanto usted como yo, y que cumple con las formas a priori del entendimiento'. Ésta es: 'es universalmente imposible renunciar a los juicios prácticos', o bien, 'al ser humano le es necesario emitir juicios prácticos en el uso de su consciencia a la que no puede renunciar'. Y esta conclusión, en sí misma, no es una afección fenoménica, sino un juicio axiomático sobre el hombre en el

mundo.

Llano reconoce que (Inciarte & Llano, 2007, p. 342) "para emitir un juicio sobre lo finito se tiene que tomar una decisión, que nunca es la única posible, para salvar la quiebra existente entre el sujeto y el predicado". De tal manera que, como se afirmaba dos párrafos atrás, la conexión entre la pretensión teórica de la verdad y la dimensión práctica de la misma, es manifiesta: "un juicio tal es siempre también un juicio práctico y, si es verdadero, expresa una verdad que es en alguna medida práctica" (Inciarte & Llano, 2007, p. 342). Efécticos y agógicos.

Se deja de lado, por ahora, al escepticismo académico, esto es, al más radical, y se dirige la mirada a los escepticismos tenues, aquí denominados efécticos -observadores según Diógenes, obligados a observar y no juzgar nada, según Sixto-, por su inclinación a suspender juicios terminantes. Debe notarse que el paso del singular al plural se debe a que, si bien habría una sola manera de ser escéptico radical, y varias formas de ser escéptico tenue.

No existe en el repertorio filosófico un contenido claro, ni un concepto condensado que lo evoque, para lo que sería el aquí llamado efecticismo. Entre otras cosas por que, ser escéptico a la tenue, resulta algo bastante confuso en sí mismo: o bien puede significar un escepticismo teórico radical sumado a un reconocimiento de la imposibilidad del escepticismo preformativo; o bien puede significar

el vicio acomodaticio de ser escéptico en la vida académica respecto de todo lo que se duda, se desconoce o se aborrece. Concediendo únicamente las verdades que convienen o que simpatizan en la vida política, al estilo de Montaigne. Puede también pretender indicar la actitud de aquél que sencillamente es duro de vencer, pero que en el fondo confía en una verdad cognoscible.

Lo que aquí indica el concepto de efecticismo es la actitud gnoseológica y vital del criticismo negativo. Esto es, la actitud, tan cara a Wittgenstein y Derrida, de vivir subiendo por escaleras que se tiran después de subirlas. Se trata del estilo del mismo Sexto Empírico: el asumir no una actitud pasiva de indiferencia e inmutabilidad por la incertidumbre del conocimiento de lo que se esconde detrás de los fenómenos, incluyéndome a mí mismo y al interlocutor; sino una repulsión activa y deconstructiva a todo saber sistemático que se diga de los fenómenos, y busque alcanzar los noúmenos, y que se constituya en un supuesto conocer superador de la ignorancia. No importa si se enfila contra un saber sistemático en particular, lo que es costumbre de muchos escépticos menores, especialmente políticos (valga decir, anarquistas), o si se pretende criticar la posibilidad misma de todo sistema de saberes. En cualquier caso, los eféticos siempre terminan criticando un sistema determinado (lo que, en esta conceptualización, los diferencia de los pirrónicos). Esto debido a la naturaleza activa de su

actitud, independientemente de que su posición vital se reduzca a ese cuerpo de conocimientos o pretenda alzarse, concientemente, contra todo sistema posible de saberes. Así el curiosísimo caso de Adorno (Lechte, 1996), quien ejerció su actividad crítica contra el sistema crítico mismo. Pero los más interesantes y relevantes de los eféticos son, seguramente, los aquí llamados agógicos (cfr. Empírico, trad. 1997) quienes niegan el conocimiento de los principios inmutables de la realidad, no de sus fenómenos. Kant ha sido, sin dudas, el mayor agógico. Podría decirse que toda la modernidad fue agógica, desde el intento de Descartes. Dice Llano: "Si prescindimos de la realidad, si la negamos, no podemos por menos que encontrar lo verdadero. Ésta no es sólo la posición de la sofística, y en especial de la protagórica. Es también el modo y manera como Berkeley y Husserl intentaron deshacerse del escepticismo" (Inciarte & Llano, p.183). Lo expuesto permite advertir que la negación de los principios de la realidad, al menos en la modernidad, surge como resultado del intento de salvar indefectiblemente al conocimiento de las dudas del escepticismo radical, buscando la garantía o prueba irrefutable de la verdad. Léase el cogito cartesiano o las categorías kantianas, por citar unos ejemplos. No corresponde ahora juzgar el éxito o fracaso de esta empresa, baste recordar, con Llano, las palabras de Heidegger en *Sein und Zeit* "el escándalo de la filosofía no consiste en que siga faltando hasta ahora esta prueba, sino en que

se esperen y se intenten sin cesar semejantes pruebas (...). El ser-ahí bien comprendido se resiste a tales pruebas, porque en su ser es en cada caso ya lo que tienen por necesario imponerle primero demostrativamente unas pruebas que llegan tarde" (Inciarte & Llano, 2007, p.190). La presencia del agoguismo es de tal magnitud que es el presupuesto fundamental del cientificismo actual. Al negar los principios de la realidad lo que se niega es la metafísica, y al afirmar los fenómenos lo que se afirma es la física. Contra los agógicos podría objetarse que una persona no escribe filosofía para las personas fenoménicas, segundas manifiestas-presentes, sino para las terceras no presentes, esto es, personas nouméricas supuestas.

Aunque en muchas ocasiones, como en el caso del cientificismo, el agoguismo pretenda ser la salvación contra el escepticismo, no sólo resulta ser una forma del mismo desde el principio, sino que, además, es el peor enemigo del realismo, pues el realismo parte, precisamente, de afirmar los principios de la realidad o fundamentos. Tal como observa Alejandro Llano, "Aquí consisten las verdades fundamentales o su fundamento en conceptos o en la visio convenientiae (o no convenientia). Y la más fundamental de las verdades, el último fundamento de todas ellas, es la distinción entre algo y algo otro, esto y aquello (ser y no-ser)" (Inciarte & Llano, 2007, p. 282). Distinción fundamental que no es posible deducir del universo fe-

noménico, ni afirmar de la realidad, y por lo tanto, mantener más allá de la libertad humana, si se reduce a una estructura del entendimiento. Por eso, evocando a Llano una vez más, es imprescindible recordar que “se ha de observar que la única base desde la que se puede evitar el relativismo no es la verdad misma, sino sólo la pretensión de verdad y con ella el mantenimiento de la posibilidad de la verdad” (Inciarte & Llano, 2007, p. 346)

Se ha visto entonces que el agoguismo es consecuencia del tradicionalmente llamado escepticismo metódico. Este escepticismo, que podemos llamar zetético -investigadores según Diógenes (1947, p. 337)-, se caracteriza por dudar sistemáticamente de un constructo teórico con miras a identificar el punto que no pueda seguir poniéndose en duda (esto es, alguna verdad evidente). A partir de allí pretende reconstruir con confianza un sistema sólido. Conviene dejar de lado el asunto de si el zetetismo conduce necesariamente al agoguismo o no. Lo que vale la pena resaltar es que, si bien en Descartes el escepticismo metódico o zetetista tenía carácter de acontecimiento único (protagonizado por él mismo), en otros autores, como Popper, tiene carácter perenne, es decir, de epistemología general. No tiene ahora mayor importancia referir ahora el sistema de uno u otro autor, sino más bien dejarlos a un lado para invocar explícitamente a aquellos que son duros de convencer: Quienes proponen la supremacía del conocimiento nega-

tivo sobre el conocimiento positivo, dicho más claramente, aquellos que, en general, afirman que es más fácil saber qué no son las cosas, que saber qué son.

Esto último, por una parte, es altamente armónico con la falibilidad propia del ser humano, además de incluir en el jurado gnoseológico a la historia como aportante en el descubrimiento positivo de la verdad. Pero, por otro lado, incluye ciertos riesgos internos. Mirando el asunto sospechosamente, podríamos pensar que quienes propugnan esta forma de escepticismo (así como todos los demás), en verdad están proyectando el miedo al error (que en sí mismo supone la capacidad de verdad) hasta el punto de eliminar la capacidad de verdad misma: “La justificación del escepticismo (clásico) estriba en que considera insuperable la posibilidad del error” (Inciarte & Llano, 2007, p. 185). Esto es, ante la experiencia del error -que perturba la confianza en la experiencia de la verdad- de la que todos hemos sido protagonistas mucho antes aún de involucrarnos en las delicias de la filosofía, se adopta una actitud algo paranoica frente a la amenazante presencia del error. El error, efectivamente, es una sombra que nos persigue, pero son necesarias y reales tanto la experiencia del error como la de la verdad. Y ésta prece- de a aquella. No es posible vivir una experiencia de error, sin haber vivido antes y después, una experiencia de verdad, “En una palabra: ya está presupuesto el concepto de verdad y

el realismo” (Inciarte & Llano, 2007, p. 346)

Por ello los animales, por muy del-fines que sean, no tienen consciencia de falsedad, o más propiamente, no consideran que pueden llegar a ser engañados por sus semejantes, y siguen confiando en sus sentidos sin asumir dudas existenciales. Los animales no temen al error, porque no conocen la verdad. La proyección del error es un silogismo universal práctico hipotético que rezaría: ‘teniendo cosas por ciertas, he tenido desengaños, luego siempre puedo ser engañado’. En este sentido indica Alejandro Llano que “Incluso la captación más evidente podría ser falsa. En esto estriba la justificación del escepticismo. Pero también la del realismo” (Inciarte & Llano, 2007, p. 186).

De las dos experiencias, la experiencia de la verdad es más constante (sin ella sería imposible la vida cotidiana, el regreso al hogar, el alimento), por lo mismo que la experiencia del error es más traumática. La falacia de proyección del error consistiría en invertir la relación, volver del error la constante, y de la verdad el acontecimiento. Pero como la sombra del error sigue viva, entonces se sospecha de este acontecimiento (la verdad) hasta el punto de volverlo una presencia incierta. El error estaría por todas partes, y la verdad estaría por ahí, pero no sabríamos ni podríamos suponer, dónde. Filón (cfr. Laercio, 1947, p. 334 y ss.) ya había narrado semejante cuadro.

Así como el riesgo de la proyección del miedo al error, es psicológico, existe otro riesgo que es de tipo lógico. El conocimiento negativo, en efecto, es mucho más imperfecto que el conocimiento positivo, exceptuando algunos pocos casos como cuando se trata de juicios contradictorios, o como cuando de un conjunto se niegan todos los miembros menos uno; casos en los cuales de conocimientos negativos se pueden inferir positivos. Es mejor saber que mi interlocutor es Pedro, a saber que no es ni Julio ni Juan, caso en el cual podría ser cualquier otro además de Pedro. Claro está que, pese todo ello, y por lo dicho sobre la garantía de verdad como inadecuada, y debido a la naturaleza de la verdad como pretensión, sucede que “aquí se contiene el derecho al escepticismo: todo lo que captamos, lo que conocemos o creemos conocer, podría ser falso” (Inciarte & Llano, 2007, p. 346). Lo que hay que recalcar, es que toda falsación contiene una verificación, en la medida en que se sigue pretendiendo que la falsación es verdadera.

Consecuencias políticas

En todo caso, la existencia de estos personajes ha tenido una consecuencia deplorable en la cultura, consecuencia que se denominará hermenéutica de la sospecha, familiar, pero no reducible, a los filósofos de la sospecha. Hermenéutica, en este sentido amplio, indica el presupuesto que se emplea como herramienta principal en la interpretación del interlocutor. Hermenéutica de la

sospecha, es, entonces, la actitud de quien permanece prevenido contra todo discurso que no proceda de sí mismo.

Esta prevención, por supuesto, goza de distintos niveles. Pero como una pendiente inclinada, una vez nos hemos subido en ella, nos arrastra lentamente hacia prevenciones más y más radicales. No pocas veces se termina de nuevo en la afasia. El proceso que, de los postulados teóricos efécticos conduce a la prevención dialógica, es mucho más breve en la realidad práctica que en la determinación argumental. Lo fundamental es constatar cómo la hermenéutica de la sospecha ha hecho carrera: la carrera del atomismo social y del solipsismo huraño. Adoptando una actitud reacia a todo intento de comunicación, y a los compromisos que de él se derivan, se descarta no sólo el discurso adviniente, sino que se deconstruye al interlocutor mismo. Esto es, se lo anula y difumina en un entramado de voces lejanas que consiguen ahogar su voz, volviéndolo un objeto mudo, sordo, inhumano. Quien así sospecha de todo discurso se alza en armas (muchas veces, literalmente) contra los dialogantes, y estos, a su vez, se alzan en armas contra otro, puesto que la sospecha es un virus contagioso, hoy día pandémico.

Nos encerramos en negociaciones diplomáticas (anti-diálogos) de café, haciendo gala de todos los recursos de la crítica deconstructiva: la ironía volteriana, la sorna, el sarcasmo, el impropio, el formalismo vacío, la

erudición esotérica, el ademán aventajado, la impersonalización de las locuciones. En suma los recursos característicos de la lógica del poder. Precisamente esta lógica logra imponerse una vez que se excluye a la verdad del discurso público quedando sustituida por la utilidad y el juego disgregador de los intereses privados (Benedicto XVI, 2009, n° 5). Quien sólo ve intentos de poder en sus congéneres, sólo encuentra frustraciones del mismo en su corazón. Si la búsqueda desenfadada de las relaciones de poder no desemboca en la paranoia solipsista, desemboca en la ambición más atrevida y locuaz. La competencia se enseñorea del medio dialógico, del, como lo llamaría Arendt (1997) espacio-entre hombres.

Existe algo así como la institucionalización del temor político a la verdad. Aquí, más que en ningún otro ámbito, el escepticismo es ley. Este temor se justifica sobre la base de una mala interpretación del realismo. Se cree que el realismo pretende conocer toda la verdad de todo, y que, además, lleva a considerar las diferencias humanas como aberraciones que deben ser eliminadas por medio de la violencia. Esta creencia no carece de argumentos históricos, pero el error está en confundir la historia con la metafísica, lo contingente con lo necesario, lo accidental con lo esencial: “La provisionalidad es algo distinto de la dimensión histórica que se tiene que reivindicar para la verdad” (Inciarte & Llano, 2007, p. 282). Lo que sí resulta lógicamente

te necesario, es que, si se anula toda pretensión de verdad, cualquier diálogo, así como la defensa de los derechos humanos, se torna inviable, pues sustentar los DDHH en acuerdos sólo es posible bajo el supuesto del diálogo, pero sin verdad posible el diálogo carece de sentido.

Conclusión

Aquí se propugna por un cognitivismo moderado (Llano, 1999, p. 167), que no es simplemente un eufemismo para decir escepticismo moderado, ni escepticismo metódico, sino que es esencialmente distinto. El escepticismo moderado o es sencillamente la práctica del escepticismo de cara a deconstruir una sola disciplina, caso en el cual es escepticismo radical disfrazado, o no es nada claro, tal como señala Llano, “El pendante de un escepticismo que no se considere a sí mismo como absoluto es el realismo” (Inciarte & Llano, 2007, p. 185). El cognitivismo moderado afirma la existencia de criterios universales de conocimiento, y la pretensión de verdad del intelecto que carece de garantía probatoria, pues “Una pretensión de verdad no la formulan tampoco los animales, ni siquiera el hombre sólo a base de conceptos. (...) el hecho de que son verdaderos no se puede saber sólo sobre el fundamento de cada uno de estos tipos de conocimientos, es decir, las sensaciones y los conceptos” (Inciarte & Llano, 2007, p. 193).

El cognitivismo moderado afirma la imposibilidad de alcanzar una verdad absoluta e indubitable respecto de ninguna cosa, tanto por la imperfección de los seres del mundo, pues, “La estructura finita del mundo (naturaleza y cultura) no se compadece con algo así como la verdad pura” (Inciarte & Llano, 2007, p. 341), como por la mayor imperfección aún del modo de conocer. En efecto, “Un juicio plenamente verdadero de este tipo tendría que ser un pleno juicio de identidad, es decir, en él ni el sujeto tendría que ir más allá del predicado, ni el predicado más allá del sujeto. Pero en todo juicio predicativo que pudiéramos formar no se cumple ninguna de estas dos exigencias” (Inciarte & Llano, 2007, p. 342). Asimismo, la pretensión de un cognitivismo absoluto resulta inviable debido a la temporalidad de las cosas del mundo y del conocer: “la propia cosa nunca es plenamente lo que es o puede ser. Para poder hacernos cargo de todo el ser de algo, tendríamos que ser capaces de sintetizar en un enunciado todo el curso pasado y futuro de la cosa (...) En este sentido, todo es sólo parte de sí mismo” (Inciarte & Llano, 2007, p. 341).

Por todo ello, se requiere de una gran precaución en el ejercicio concreto del conocimiento, en el mundo de la vida. Esta precaución ha sido llamada prudencia, noble virtud que, finalmente, exige la necesidad

del diálogo humilde pero dotado de sentido (una especie de término medio entre el diálogo soberbio o dogmático y el diálogo relativista o vacío). La prudencia, además, conecta directamente con el correcto ejercicio del preferir que es siempre el conocer, en tanto nuestro entendimiento en el mundo es una intencionalidad fragmentada y temporal, no pura. Bajo este aspecto, Llano advierte que “la realidad es cognoscible, pero que su constitución (‘objetiva’) es tal que siempre se la aborda de manera diferente y, por lo tanto, se conoce de manera diferente. Por ello, cada ‘conocimiento’ particular supone una nueva decisión, un juicio práctico” (Inciarte & Llano, 2007, p. 345).

Decía Sexto Empírico “El escéptico, por ser un amante de la Humanidad, quiere curar en lo posible la arrogancia y el atrevimiento de los dogmáticos, sirviéndose de la Razón” (Empírico, trad. 1993, p. 333). Pues bien, Sexto Empírico, por amor a algo que presuntamente no podía conocer, usaba la Razón (probablemente pura subjetividad), y quería cambiar, necesariamente por capricho, la forma de ser de los demás. El realismo, en cambio, propone que por amor a la verdad, cuya búsqueda y difusión es el primer gesto de humanidad (Benedicto XVI, 2009, n° 1), es mejor purificar, en la medida de lo posible, nuestra inteligencia de las desgracias no sólo de nuestra propia arrogancia, sino también de

la exacerbada desconfianza, del relativismo y la desesperanza de los escépticos.

En medio de la incertidumbre de este mundo contingente, la diferencia entre el escéptico y el realista es a la vez muy sutil, y a la vez muy grande. Para ilustrar esa relación puede servir el clásico ejemplo de la teoría del caos y la indeterminación: un pequeñísimo cambio en las condiciones iniciales desencadena una lógica de distancias imprevisible y abismal, la pelota cae a un lado o al otro del techo piramidal, no se pue-

de quedar en la cornisa. Igualmente, la decisión teórico-práctica que se toma ante la posibilidad del error, puede generar cambios gigantescos en la sociedad. Así, un ligero cambio inicial es capaz de alterar la historia. La decisión teórico-práctica que se toma de cara a la presencia del error, debe ser ya prudente en sí misma, frente a los dos extremos, el de negar el error, o el de dejarse amedrentar por él.

Hay que agradecer mil veces a los hijos de Pirrón el haber estado allí para recordarnos la falibilidad que

se cierne sobre el entendimiento humano, consciencia que ha permitido grandes progresos en todos los órdenes. Es más, hay que desear que en alguna medida siempre estén ahí, estimulando a los intelectuales con sus dudas y sus ataques. Pero también hay que recordar que “en el momento en el que ya no se cree en la verdad, la unidad del mundo se rompe en nuestra consciencia” (Llano, p. 345), y que además, el progreso de la sociedad se ve comprometido y corroído.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah. (1997). *¿Qué es la política?* (Ed. Fina Birulés Bertran, trad. Rosa Sala Carbó). Barcelona: Paidós I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona
- Benedicto XVI. (2009). Carta Encíclica Caritas in Veritate. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana.
- Aristóteles, 1994. *Metafísica*. (Ed. y trad. Tomás Calvo Martínez). Madrid: Gredos.
- Dussel, Enrique. (1998). La ética de la liberación ante el desafío de Apel, Taylor y Vattimo con respuesta crítica inédita de K.-O. Apel. Universidad Autónoma del Estado de México, México, Cap. 4, Proyecto ético filosófico de Charles Taylor (Ética del Discurso y Filosofía de la Liberación). Tomado de <http://168.96.200.17/ar/libros/dussel/taylor/cap4.pdf>
- Empírico, Sexto. (1997). *Contra los profesores*. (Ed. y trad. Jorge Bergua Caverro). Gredos, Madrid
- Empírico, Sexto. (1993). *Esbozos Pirrónicos*, (ed.y tr. notas Antonio Gallego Cao y Teresa Muñoz Diego) .Madrid: Gredos.
- Inciarte, Fernando, y Llano, Alejandro. (2007). *Metafísica, tras el final de la metafísica*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Llano, A. (1999) *Humanismo Cívico*. Barcelona: Ariel.
- Lechte, John. (1996). *Cincuenta pensadores contemporáneos esenciales* (Trad. María Luisa Rodríguez Tapia) Madrid: Ediciones Cátedra.
- Laercio, Diógenes. (1947). *Vida y doctrinas de los grandes filósofos de la antigüedad*. (Ed. y trad. Luis M. de Cádiz). Buenos Aires: Editorial Claridad. Tomado de la versión francesa Vie et Doctrines des Philosophes de L'Antiquite